



«SALVE, STELLA MARIS»

Llevadnos a puerto seguro

Cada 16 de julio, en diversos lugares de nuestro suelo (que nuestro añorado Papa Juan Pablo II llamó «tierra de María»), numerosas voces aclaman y bendicen a la Madre de Dios con la conocida *Salve marinera*. Encabezan este *saluda* las primeras palabras de ese canto: «Salve, estrella de los mares, de los mares iris de eterna ventura». En las letanías que se desgranán al recitar el Rosario figura un piropo a la Virgen muy parecido: *Stella matutina, Estrella de la mañana*. En estos requiebros tan concisos y, por lo mismo, tan llenos de significación y de contenido fuertemente emocional, el pueblo fiel ha querido expresar de modo sencillo su devoción y cariño a Santa María, la humilde nazarena que en el primer viernes santo de la historia se convirtió en nuestra Madre, la Madre de todos los hombres.

María, «flor del Carmelo», es la estrella que guía nuestro navegar por este proceloso mar que es la vida. Ni es una estrella cualquiera, ni se puede comparar con otras figuras relevantes de la historia, ni se parece a esas *estrellas*, con minúscula, que hoy brillan rutilantes y mañana se desvanecen sin rastro alguno. Es un rasgo propio de la adolescencia dejarse llevar por ciertos personajes de moda que ocupan las primeras páginas de diarios y revistas o alcanzan las máximas audiencias: estrellas del cine, de la música, de la televisión... Éstas son estrellas fugaces, cohetes de color tan rápido que su luz desaparece pronto, sumergiéndonos muy pronto en la rutina

oscura. ¿Vale la pena aspirar a conformarnos con modelos tan efímeros y, por lo mismo, incapaces de convertirse en referentes morales?

Los cristianos, repito, tenemos siempre a la vista una Estrella brillante y luminosa, que orienta, como el mejor de los faros, la barca de nuestra vida hacia el puerto definitivo, Jesucristo. Cuando el mar de la existencia humana se agita por las tormentas del dolor, la soledad, el resentimiento, la enfermedad... nuestros ojos miran a esa Estrella capaz de proyectar su luz en nuestra *noche interior*. Estrella que, como el Cirio pascual, arde resplandeciendo hasta que amanezca el día. Sí, María es, a la vez, la Aurora que abre las puertas al Sol que nace de lo alto, a Jesucristo, Luz del mundo. Una y otra luz se entrecruzan en nuestro camino. La Virgen nos dice, refiriéndose a su Hijo, «haced lo que Él os diga». Jesucristo, su Hijo, nos recuerda: «Ahí tienes a tu Madre», Ella es la Senda recta para llegar a Mí, que soy el Camino, la Verdad y la Vida.

Podéis alegraros, hijos e hijas de Cox, de tener por Patrona a la Virgen del Carmen, y habéis de seguir felicitándola, de generación en generación, con palabras tan bellas y sentidas como las de este soneto de Calderón de la Barca:

«¿Quién eres tú, mujer, que, aunque rendida
al parecer, al parecer postrada,
no estás sino en los cielos ensalzada,
no estás sino en la tierra preferida?

Pero, ¿qué mucho, si del sol vestida,
qué mucho, si de estrellas coronada,
vienes de tantas luces ilustrada,
vienes de tantos rayos guarnecida?

Cielo y tierra parece que, a primores,

se compitieron con igual desvelo,
mezcladas sus estrellas y sus flores;

para que en ti tuviesen tierra y cielo,
con no sé qué lejanos resplandores
de flor del Sol plantada en el Carmelo.»

Las fiestas que celebráis en Cox para honrar a vuestra Patrona, la Virgen del Carmen, son, ya lo sé, desde el día en que rezamos juntos ante su imagen, un homenaje de amor filial a la Madre, atenta siempre a las súplicas de sus hijos. Ella es «la sin mancha concebida, / la delicia del Edén, / entre todas elegida / para dar vida a la Vida / en el portal de Belén». Ella es la Reina de vuestras almas, la flor de las flores, «la que serena los mares / y mitiga los dolores, / la que tiene en sus altares / desde tiempos seculares / más devotos y más flores». Ella ha significado mucho para quienes os han precedido y Ella es para vosotros vuestra querida Virgen del Carmen. Lo será igualmente para quienes se muevan después de vosotros en ese campo abierto, en ese pueblo acogedor, en ese lugar de María, vuestro lugar.

«¡Que la Virgen del Carmen –rezaba Juan Pablo II– os acompañe siempre! Sea Ella la estrella que os guíe, la que nunca desaparezca de vuestro horizonte. La que os conduzca a Dios, al puerto seguro»



✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante